

El Porvenir del Obrero

N.º 124

Oficinas: Castillo 59.—Mahón (Baleares)

13 Diciembre 1902

Número suelto 5 cts.—Trimestre 1 peseta

Paquete de 30 ejemplares, una peseta.

Al Trabajador

QUERIDO compañero: Si un viajero de un país remoto, que con el nuestro no tuviera relación alguna, desembarcara en Barcelona—y decimos Barcelona porque en esta ciudad escribimos y por que, salvo diferencias circunstanciales de lugar, lo mismo pudiera decirse de otra población cualquiera,—en un día festivo de esos en que el sol derrocha sus tesoros de luz y templa agradablemente este clima de primavera perpétua y viera nuestros paseos cuajados de alegres paseantes del brazo de elegantes y hermosas damas, de lujosos carruajes formando largo e interrumpido cordón; si recorriera después nuestros templos, restaurants, cafés, teatros, casinos y demás centros de expansión y recreo; si al siguiente día de trabajo viera el tráfico de nuestro puerto y de nuestras estaciones carrilanas, el movimiento de nuestras fábricas y talleres de todas clases, la provisión de nuestros mercados, el tránsito de nuestras calles, la abundancia y surtido de nuestro comercio y cuanto en la superficie caracteriza esta ciudad, seguramente recibiría una impresión favorabilísima.

Así les sucede a la mayor parte de los extranjeros que la visitan por primera vez; porque aquí todo es bello para el impresionable, para el que con las primeras impresiones se contenta: la luz y el calor dulcemente modificados por ese hermoso mar Mediterráneo; el puerto, especie de concurso marítimo de todas las naciones; la posición que ocupa en un fecundo llano rodeado de un anfiteatro de montañas; la grandiosidad de sus monumentos; la belleza de sus edificios; la actividad de sus habitantes; la hermosura de sus mujeres; la alegre vivacidad de sus pequeñuelos, todo;... pero el que lo considera después de haber tenido la desgracia de conocer el reverso de la medalla y de sentir sus efectos... ese no puede menos de repetir con el poeta: ¡¡¡¡¡ qué hermosa no fuera verdad tanta belleza!

Porque aquí, compañero, bien a tu costa lo has aprendido, aunque formamos todos parte de lo que indebidamente se llama sociedad humana, donde los derechos y los deberes no son recíprocos nosotros los trabajadores ocupamos un lugar tan ínfimo y despreciable, y se nos sujeta a tan vil condición, comparados con el lugar y la condición de los privilegiados, que no es posible tolerarlo sin mengua de nuestra honra, sin que, como vulgarmente se dice, la cara se nos caiga de vergüenza.

Entre miembros sociales los derechos y los deberes han de ser recíprocos; y si en lugar de esa lógica reciprocidad se nos condena al trabajo, á la pobreza, á la insalubridad, á las privaciones de cuanto eleva las facultades morales lo mismo que á lo indispensable para nuestras necesidades físicas, y se termina este conjunto de miserias con una mortalidad cuyo término medio dista mucho de llegar ni á la mitad del límite natural de la vida, quedará patentemente demostrado que en lugar de hombres libres y dignos somos un accesorio secundario y despreciable para que vivan los únicos que parecen tener derecho á la vida, esto es, los ricos, los ams, los que mandan.

Así considerada nuestra situación, y así hay que considerarla porque tal es y no de otra manera, claro es que en lugar de miembros sociales somos esclavos; no somos hombres, sino la cosa, la propiedad, el instrumento abastecedor y proveedor

de nuestros señores, y serla, y haber de sufrir la burla de que esos mismos tiranos nuestros se llan en en religión nuestros hermanos, y en términos jurídicos y políticos nuestros conciudadanos, viene á ser como si se reinachara el clavo de nuestra humillación y de nuestra deshonra.

Cuando se ve la extensión del mal que sobre cada uno de nosotros pesa; cuando se piensa en los efectos que pueden causar sobre los seres amados, en nuestros hijos, como sucesores nuestros en la explotación jornalera, y como soldados en esa corporación llamada ejército, especie de perro de presa vigilante del rebaño obrero; en nuestras hijas, posibles candidatas del lupanar, la pesadumbre abruma de tal modo, que parece como si nos halláramos en el fondo de un abismo del que no pudiéramos salir.

En un abismo de insolidaridad y de impotencia te hallas, en efecto, trabajador; pero á su borde te se presentan tus compañeros tendiéndote la mano y ofreciéndote los medios de salvación que para ti existen: la idea y la asociación. Acepta la idea reudentora y acógete á la asociación; en ella desarrolla tu pensamiento; haz prácticas tus iniciativas, presta á tus compañeros tu concurso para todo lo bueno y reclama el suyo para lo que juzgues útil, y en esa reciprocidad de ideas y de energías hallarás consuelos amistosos, los beneficios de la solidaridad, la tranquilidad de tus amores y la dignificación de tu propia persona; porque empezarás á sentir el inmenso goce de reconocerte dueño de tí mismo, libre en tus acciones, apoyado por tus compañeros y en camino de tu emancipación, lo que moralmente equivale á la alegría de haberla ya conquistado.

A la idea y á la asociación te llamamos, buen compañero; recuerda las penalidades sufridas hasta el día; representate aquellas á que la sociedad del privilegio te tiene condenado; piensa en tus padres, en tus hermanos, en tu esposa y en tus hijos, todos víctimas que el privilegio despoja de pan, de vestido, de higiene, de cultura y de libertad para convertirlo en lujo, abundancia y esplendor de sus protegidos, y ven á nuestro lado para trabajar juntos en la obra de nuestra propia felicidad y por extensión en la de la familia humana.

Si atiendes nuestra voz pronto sentirás benéfica satisfacción en tu propia conciencia; si la desoyeras, acaso recibirías una palabra afectuosa de tu explotador; pero atente á las consecuencias; prepárate á la desesperación, porque nuestra palabra y tu conciencia te acusarán siempre, y más aun cuando ya no haya remedio para los males que hayas atraído, por no procurar impedirlos, sobre las cabezas de tus padres, de tus hermanos, de tu esposa y de tus hijos.

Te desean buen juicio y solidaridad tus compañeros.—LA COMISIÓN.

(Se ruega la reproducción).

EL DINERO

CRÉESE generalmente que el dinero representa la riqueza, que ésta es el producto del trabajo, y que, por consecuencia, existe perfecta relación entre trabajo y riqueza.

Esta creencia es del mismo género que aquella otra que supone que toda organización social es resultado de un contrato social. Aparéntase creer que el dinero no es más que un medio de cambiar

los productos del trabajo: si yo hago botas, otro amasa y cuece pan y un tercero cria carneros, etc., las monedas nos sirven de intermediario para facilitar las transacciones. En este caso, el dinero da curso á la producción individual y representa el equivalente del trabajo de cada uno.

Eso sería perfectamente exacto si no se cometiese violencia alguna, entendiéndose por violencia la protección otorgada por el régimen social, por la legislación y por las costumbres á los productos de un trabajo en detrimento del otro.

En cuanto se ejerce la presión más mínima, bajo cualquier forma que sea, el dinero pierde inmediatamente su carácter de resultado del trabajo para convertirse en instrumento de explotación.

El botín de guerra obtenido por el soldado no puede compararse al pago del precio ganado por la hechura de un par de botas.

Unas aldeanas hilan y tejen una tela y la venden; unos siervos trabajan para su señor, éste vende el tejido y recibe su precio. Las mujeres y el señor han percibido la misma clase de moneda; pero en el primer caso el dinero representa el trabajo, en el segundo, la violencia, la explotación, y la iniquidad.

En una sociedad en que existe una fuerza que se apropia el dinero de los otros y que protege esa posesión usurpada, no puede decirse que el dinero sea la representación del trabajo.

El dinero no puede ser el equivalente del trabajo más que en un medio social en que existiesen relaciones mutuas completamente libres.

Hoy, después de siglos enteros de rapiñas que van continuándose en la actualidad, el dinero en sí mismo es una grandísima violencia, y en sus efectos es la excusa, la justificación y el objetivo de toda clase de crímenes.

Decir hoy que el dinero representa el trabajo es caer en un error profundo ó mentir con conocimiento de causa.

En su significación más exacta el dinero es un signo convencional que da el derecho ó la posibilidad de servirse del trabajo de los otros.

En ideal, el dinero no debiera dar ese derecho si no cuando él mismo fuese el equivalente de la actividad empleada por su poseedor, y así sucederá en la sociedad en que no se cometa violencia.

El hombre vende en la mayor parte de los casos los productos de su trabajo pasado, presente y futuro, no porque el dinero le permita facilidades de cambio, sino porque se le exige como una obligación.

Cuando los faraones de Egipto reclamaban el trabajo de sus esclavos, éstos no podían dar más que su actividad presente ó pasada.

Hoy con la aparición y la circulación de la moneda y de su consecuencia el crédito, ha sido posible vender, no sólo el trabajo pasado y presente, sino el futuro.

El dinero, mediante la violencia que ejerce en las relaciones sociales, no representa más que la posibilidad de una nueva forma de esclavitud impersonal que ha reemplazado á la esclavitud personal.

El que no ha producido, ni produce, ni producirá nada, y para vivir en la opulencia no necesita más que cortar cupones de sus títulos de renta, ¿podrá decir que su dinero representa trabajo? Si; pero ¿cuál? Evidentemente no el trabajo del rentista, sino el del trabajador, cuya vida es una privación continua.

El fin de un matador

El dinero es, pues, una forma nueva y horrible de la antigua esclavitud.

En la esclavitud antigua, la rudeza de la forma, el hecho de hallarse frente a frente el tirano y la víctima, indignaba, excitaba la sensibilidad de las gentes impresionables y alguna vez exponía al señor a las justas iras del siervo; en la esclavitud moderna se han suavizado las asperezas; el amo y el esclavo no tienen relaciones personales y directas, la culpabilidad y la responsabilidad son impalpables, y aún se ha hallado el modo de cubrir tanta inmundicia con la hipócrita máscara de la igualdad de derechos en la tierra y en el cielo.

La esclavitud moderna, hija de la antigua y perpetuada por el dinero, es la iniquidad perfeccionada.

León Tolstoy.

MINUTA

Ningún progreso social serio y durable es posible si la mujer no participa de él para ayudarlo y beneficiarse. Esta verdad, en apariencia trivial, ha sido, no obstante, desconocida y no es aún francamente admitida más que por una minoría inteligente. ¿Cómo alcanzar este resultado? La primera reforma, en vía de ejecución aunque tímidamente, consiste en poner, en cuanto sea posible, los dos sexos sobre una base de igualdad en la educación, en el matrimonio, en la familia y en la sociedad. El sexo femenino o masculino es una etiqueta que puede cubrir mercancías muy diferentes. Muchos hombres son inferiores al tipo medio de la mujer; muchas mujeres exceden la medida del tipo medio de su sexo. Que todas las actitudes sean libres de desarrollarse sin trabas ni limitaciones de ninguna especie, y es seguro que el equilibrio se establecerá por sí mismo; pero si uno de los sexos pudiese en justicia reclamar un privilegio e inmunidades, seguramente sería el sexo llamado débil, al que la naturaleza, entidad poco equitativa, ha impuesto la pesada obligación de reproducir la especie y de instruir y criar los hijos. Una civilización futura, más humana y mejor dotada que la nuestra, podrá aligerar la carga; y como siempre quedará pesada, en el porvenir, como sucedido en lo pasado creará a la mujer condiciones desventajosas en la concurrencia individual, lo mismo para los trabajos manuales que para los intelectuales. De hecho resulta casi siempre que las mujeres que se han distinguido en artes ó letras, apenas han sido madres ó han desconocido la maternidad.

En nuestra organización social, tal cual es con sus imperfecciones y sus vicios, es ya posible mejorar notablemente la suerte de las mujeres; pero la evolución, más ó menos rápida, que se prepara no puede reducirse solamente á uno de los sexos; para que la condición de las mujeres sea digna y justa es preciso que la de los hombres se modifique en el mismo sentido; es necesario que una reforma gradual pero profunda transforme todas las instituciones: el matrimonio, la familia, el régimen de la propiedad y del trabajo. Durante los años precedentes, estudiando sucesivamente cada uno de los principales departamentos de la Sociología, he tenido cuidado de indicar en qué sentido deben efectuarse estas futuras transformaciones. Hoy no puedo menos de referirme á mis conclusiones de entonces: si son fundadas, sobre todo si el movimiento de avance no se detiene, es permitido creer que en un estado social más sano, más justo, mejor ordenado, la diferencia social, mental y aún física entre los dos sexos será atenuada. Entonces habrá menos mujeres-juguetes y menos hombres brutales hasta la bestialidad; ni el hombre ni la mujer perderán en ello y seguramente el cuerpo social ganará mucho.

Letourneau.

La emancipación de los obreros es la abolición de todas las clases... La antigua sociedad civil será sustituida por una asociación de trabajadores que excluirá las diferencias y los antagonismos.

FEDERICO Krupp, que acaba de morir en la suntuosa villa d'Essen, de su propiedad, fué uno de los hombres altamente respetados que, perfeccionando el arte de matar, saben recojer riqueza, honores y consideración. La muerte de los demás le ha valido una vida entera de esplendor y de goces; muy diferente de los que, haciendo su carrera del exterminio individual y no autorizado, acaban en presidio ó en el cadalso.

Nacido en 1845, tenía 33 años—la edad del pacífico «descarrilado Jesús»—cuando sucedió á su padre poniéndose al frente de la gran fundición de cañones y otros artefactos de muerte, el más poderoso establecimiento industrial de Alemania.

En 1893, se agregó en cierto modo la fundición Gruson, de Magdebourg, y en 1896 los grandes talleres «Germania» en Berlín y Gaarden, junto á Kiel. La derrota de los daneses en 1864, de los austriacos en 1866, y de los franceses en 1870-71, llevó el más alto grado de gloria y la prosperidad de la casa Krupp. A esta colosal fragua de la muerte tomaron la costumbre de dirigirse los Estados deseosos de pulverizar á sus vecinos. Se calcula que el número de cañones entregados por los talleres de Essen, desde su fundación hasta el primero de Enero de este año, se eleva á 39.876. Los turcos para aplastar á los griegos, los ingleses para destrozar á los boers, los libres ciudadanos de las repúblicas americanas para exterminarse unos á otros, se han dirigido á la misma casa.

Su enorme fortuna (18 millones de francos en renta y 150 millones de ahorro), al mismo tiempo que le abrió las puertas del Parlamento, donde se mostró consecuente conservador—naturalmente—, le permitió representar, como tantos otros, la comedia de la filantropía. Enriquecido por la explotación de la ferocidad humana, Krupp se convirtió en bienhechor, consagrando á la asistencia de enfermos é inválidos algunas milésimas de los beneficios que le proporcionaba la matanza; se daba el lujo de arrojar, de tiempo en tiempo, un mendrugo de pan á los viejos obreros que habían empleado la vida en hacerle tantas veces millonario.

Semejante hombre era muy apreciado de su soberano, que le hizo entrar, hace cuatro años, en la Cámara de las sesiones y en el Consejo de Estado. Las autoridades de Essen, no hay que decirlo, le demostraban un respeto y una sumisión sin límites.

Este hombre dichoso, uno de los triunfadores de nuestra sociedad criminal, llevaba en el fondo del corazón, á pesar de su máscara filantrópica, el profundo desprecio por la carne humana, pasto destinado á sus cañones. Y en la soleada isla de Capri, adonde sube el canto de las azules ondas del Mediterráneo, se dice que había renovado las inmortales orgías de Tiberio.

¡Carne de matanza, carne de placer! En la sangre y el dolor encuentra el sadismo los goces más sobreagudos.

No son precisamente mogigatos en Nápoles, y fué, por tanto, un periódico de aquella ciudad parthenopea, la Propaganda quien asoció el nombre de Krupp al recuerdo de los crueles desórdenes del César romano. Después circuló la noticia por una buena parte de la prensa italiana y finalmente la acogió el Vorwaerts en Berlín.

El escándalo estalló en Alemania como un trueno. Enseguida Krupp hizo frente á la tempestad, hizo secuestrar y llevó á los tribunales al periódico socialista berlinés y declaró que partiría para Capri á buscar las causas y los autores de estos rumores molestos. Pero el Vorwaerts afirmó que poseía pruebas y anunció la publicación inminente.

En el mismo instante, Krupp, caía como herido por el rayo—por la apoplejía, dicen sus amigos; por el veneno tomado voluntariamente, dicen los demás.

El Vorwaerts ha declarado que desistía de sus ataques ante la muerte, y los privilegiados, desde

el Kaiser Guillermo hasta el burgo-maestre de Essen, han testimoniado el civismo y la virtud del gran capitalista que triturando vidas humanas encontró la fortuna, y también, sin duda, el placer.

Ch. Malato.

TELARAÑA LEGAL

Jugar en un burlo te gente baja es digno del castigo más severo; jugar gente de nombre ó de dinero es una distracción que no rebaja.

Es un crimen herir con la navaja para vengar reciente ultraje fiero, es noble proceder de caballero matar en duelo al que el honor ultraja.

Quien por ello se muestra sorprendido, da de su candidez notoria señal. La ley tela de araña siempre ha sido —y es antiguo el axioma que lo enseña,— la mosca grande rompe su tejido, que es segura prisión de la pequeña.

Felipe Pérez González.

CUENTOS ESCOGIDOS

La Confesión de un Dios

Y esto ocurría en el monte de las Olivas, durante una noche llena de angustias, entre cuyas negruras huía Cristo la siniestra visión de la cruz, con el alma sumergida en el deseo invencible de la vida y la carne erizada con erizamiento doloroso. Jesús, á pesar de toda su grandeza, saboreaba el dejo amargo del sacrificio, sintiendo en el fondo de su sér las fortalezas de la inocencia y las sangrientas esperanzas de la expiación. Era la víctima de un Dios de quien había sondeado las cóleras, sin llegar á comprender la obstinación y la dureza.

Caminaba debajo de los árboles, suavemente agitados por el aliento tibio del cielo, mientras el eco de su corta existencia le metía por el oído adentro el himno de glorias pasadas y de eternos adioses... Contemplaba á los pastores arrodillados bajo el resplandor de la estrella, á los magos de cabellera blanca envueltos por el humo del incienso, á los jóvenes alfombrando su paso con hojas de palma en las calles de Jerusalén, á los pescadores bendiciéndole desde las bordas de sus barcas, á los amigos de Lázaro proclamándole vencedor de la muerte y á Magdalena arrojando sobre sus pies, con los perfumes de Siria el aliento amoroso de su boca.

La muerte prevista parecíale entonces más horrible y más necesaria, porque los orgullos de la vida le amenazaban con agarrarse á su vestidura blanca para detenerle, como hacen las zarzas del camino con el viajero. Érale preciso aviyar el paso para no sentir el peso del sacrificio desplomarse sobre sus hombros...

Mientras meditaba rogando á su padre desconocido que le sostuviese en la prueba, una sombra desprendida de la noche, rozó su cuerpo y Cristo reconoció á Judas, al que debía traicionarle, y cuyos propósitos le eran conocidos.

Judas, que marchaba en el terror de su ensueño, roído por los remordientos, buscando bajo el silencio de los árboles un refugio, quiso huir; pero Cristo le retuvo, y entablaron el siguiente diálogo:

—¿Por qué quieres entregarme al brazo del verdugo?—dijo Cristo.—¿No he sido dulce para contigo y para con los otros? ¿No he sido clemente con tus debilidades? ¿No les he otorgado mi perdón?

—Verdad, señor.

¿No temes el castigo eterno que te prepara la cólera celeste? ¿No sabes que soy Dios?

—Verdad, señor.

Y levantando hacia Jesús sus ojos, que hasta entonces había tenido bajos, sus ojos en los que brillaba un fuego sombrío, Judas añadió con voz más firme y más resuelta y más dura que antes:

—Por eso he querido castigarte.

Cristo espantado extendió su mano hacia una nube, por uno de cuyos extremos, desgarrado, apareció el cielo cubierto de estrellas.

Entonces, ensanchando su corazón por largo tiempo comprimido, vomitando la bilis de sus odios, Judas continuó, implacable, estridente, amargo:

—Sí; te creo Dios. Yo sólo, entre esos que supones fieles y que renegarán de ti mañana, te creo el solo creador de todas las cosas, el dueño de todos los destinos, aquél que nos hizo como somos, aquél hacia quien sube desde la cuna ensangrentada de las edades la inútil blasfemia de los vencidos y los sufrientes, por eso es por lo que yo, que te tengo al fin bajo la forma mortal dentro de la que puedes sufrir en tu alma y en tu carne, he gritado á los otros hombres: «Vengaos; desgarrad su frente con espaldas; atravesad sus manos; herid su pecho; buscad para él la más larga de las torturas, la que más despacio arranque las fibras palpitantes de su existencia. No hay suplicio que sea bastante infame para él: es Dios.

Y el inmortal maldito, como sacudido por su rabia, rugía lo mismo que una bestia, con la laringe estremecida, desgarrada y ronca.

Cristo le oía silencioso con los ojos llenos de piedad.

Después de una pausa muy larga, Cristo con voz preñada de dulzuras, habló á Judas en esta forma:

—Quiero escucharte hasta el final. Dime lo que reprochas al Dios que tienes delante de tí.

Judas más calmado, pero más terrible aún, comenzó el inmenso relato de las quejas de la humanidad contra Dios. Dijo á Cristo las torturas acumuladas sobre el hombre por las contradicciones nativas de su propio ser. La tentación envolviéndole con sus mallas terribles; las razas llevando en sí mismas odios terribles que se lanzan entre ellas como olas furiosas y las mezclan y las confunden en una espuma de color de sangre; las aspiraciones á lo infinito que la muerte desmiente; las lápidas mortuorias que arroja sobre nuestras ternuras vivas; el desgarramiento de los adioses; el amor siempre traicionado; las almas apagando su sed en emponzoñados arroyos; lo incierto que hace que nuestro camino se hunda bajo nuestros pies cuando lo tocan: el misterio de nuestro destino acogotando nuestros cráneos; la edad impía deshaciendo ante nuestros ojos la imagen de la belleza... todo lo que hace la vida odiosa y nos la impone en virtud de una ley que nosotros no hemos reclamado; lo que arroja en nuestras venas una sangre tostada por deseos inextinguibles; lo que hace á nuestra carne ávida de deleites y fecunda en dolores.

Y mientras exhalaba el sollozo inmortal que eleva desde el crepúsculo de los tiempos la humanidad miserable, hacia lo impasible y lo eterno, Cristo le oía silencioso, con la cabeza caída sobre el pecho, como si algún remordimiento inesperado hubiese golpeado su frente.

Tan conmovido estaba el justo que dos lágrimas se balanceaban sobre sus párpados y aunque el sueño sublime del sacrificio y el martirio ocupaba, como siempre, su pensamiento, sintió esta duda: la de si iba á expiar las faltas de los hombres ó el crimen de Dios.

Y mientras se hundía en el horror misterioso de las responsabilidades divinas y humanas, en el insondable problema que deshace con fatalidades invencibles nuestros proyectos, Judas, acompañando sus palabras con una carcajada burlona, le gritó:

—¡Adiós, por muy Dios que seas, trata de morir como un hombre!

Y el infame, que había vendido á su amigo, desapareció entre las sombras, mientras Jesús alzó nuevamente los ojos al cielo y sintió mayor espanto en su corazón al ver que todos los astros habían desaparecido y que sólo una noche negra se abría para recibir su plegaria, que subía hacia el cielo con las alas rotas.

Armand Silvestre.

RAZÓN DE MANDO

Érase un mono el juez, y éranse un gato
Y un ratón, en contienda tan renida,
Que inmensa muchedumbre reunida
Esperó la sentencia largo rato.

La cuestión era porque, cruel é ingrato,
El Micifid, con hambre envejecida,
Pretendió concluir la triste vida
Del misero ratón, con duro trato.

Púsose el juez la mano en el hocico
Y díjole al ratón balbuceando:

—¡Déjese usted comer, y cierre el pico!...

—¿Porqué?... dijo el ratón jermiqueando.

—Porque él es grande y porque usted es chico,
Y, últimamente,.... ¡porque yo lo mando!...

La voz del campo

Cuando se ven partir para el campo grupos de trabajadores, que van á su pesada faena dejando atrás los lamentos de la esposa y los jidos de sus hijos, sin mirar de donde puede venir su pobreza y sin poner atención en buscar el remedio para sus males, entonces el hombre de sentimientos que les contempla no puede menos de esclamar: Maldita sociedad, cómo procuras que tus esclavos no vean la injusticia que con ellos cometes, porque si las vieran se unirían y se rebelarían empleando todas sus fuerzas en aplastarte!

Pero gracias á la constancia de unos cuantos que luchan con decisión, las ideas de rebeldía se van infiltrando en muchas regiones y muchos van comprendiendo que tienen derecho á vivir.

En las comarcas donde no ha penetrado la luz de las nuevas ideas, los trabajadores no pueden vivir con el misero jornal que les conceden como un gran favor; tienen que abandonar la tierra en que nacieron y se concentran en las ciudades para tener más jornal y comodidades. Estos son generalmente los *esquirols*, inconscientes, que han aprendido de sus amos de los pueblos á tener el corazón duro y á no preocuparse del mal que causan á sus hermanos. Los patronos de las ciudades se aprovechan astutamente de la necesidad y de la ignorancia de dichos *esquirols* para herir á toda la clase obrera.

¿Como evitar esto?

Pues llevando al campo una activa y enérgica propaganda; hacer que los ignorantes dejen de serlo y comprendan que tienen derecho á vivir bien y que sólo podrán conseguirlo por la unión con los trabajadores de todas las comarcas y regiones, siendo hermanos los que trabajan en la ciudad y los que trabajan en los campos, pues todos viven hoy mal y á todos les explotan los patronos capitalistas y propietarios.

¿Porqué no se toma empeño en esta campaña tan necesaria? ¿Porqué no vuelven su vista al campo los propagandistas y luchadores y también todos los obreros que estimen su emancipación? Les esperamos con los brazos abiertos.

Un campesino.

Contra el alcoholismo

El abuso del vino, y sobre todo del aguardiente y de los licores, ocasiona enfermedades graves é incurables.

Las más comunes son: inflamación y cáncer del estómago, inflamación y cólicos del hígado, ictericia, hidropesía, catarros de la laringe y pulmonares crónicos, tisis, pulmonías, aneurismas del corazón, inflamación de los riñones, mal de piedra, reumatismo, cataratas, apoplejía, congestión y reblandecimiento del cerebro, parálisis, alucinaciones y locura.

La copa de aguardiente de la mañana, la del medio día detrás de la comida, las gotas de ron después del café, cuando se toman por costumbre, acercan la vejez y acortan la vida.

No sólo sufren los bebedores las consecuencias de su vicio. Sus hijos nacen débiles, con predisposición á las meningitis y á las bronquitis graves, ó con deformidades. Si sobreviven, se les desarrolla en la juventud la afición á las bebidas; muchos son

imbéciles, idiotas; en algunos se presenta la locura ó la epilepsia (mal de corazón).

La embriaguez es un vicio grosero y brutal que causa la ruina y la perturbación de las familias. Conduce á la vagancia, á la miseria, á la mendicidad, al suicidio y al crimen.

El alcohol quita las fuerzas y mata la inteligencia.

El bienestar y el aumento de fuerzas, que producen las bebidas alcohólicas, son engañosos y pasajeros; siguen luego decaimiento doloroso y flojedad, que se remedian bebiendo más cada vez, hasta caer en el vicio, que siempre puede evitarse, pero nunca curarse. Dado el primer paso, rara vez se retrocede.

El alcohol atrae con la fuerza irresistible del imán. Con razón se le compara á un bandido disfrazado, que primero seduce con halagos, y, tarde ó temprano, roba la razón, la salud y la vida.

El vicio alcohólico, es el llanto y la discordia en las familias, la miseria, la esclavitud, el embrutecimiento, la enfermedad y la muerte.

Con la embriaguez se pierde la dignidad y la libertad.

El hombre que abusa de las bebidas alcohólicas no puede ser ni buen padre de familia ni buen ciudadano.

Dr. José Sáenz y Criado.

Quejas al aire

Era una noche fría del mes de Diciembre. Caía el agua á borbotones y el viento soplaba con furia. Las calles del pueblo se hallaban desiertas, alumbradas por los relámpagos que se sucedían precipitadamente. En una de las más céntricas se había refugiado en el pórtico de una casa un pobre anciano, pacífico, derrotado, súcio, apenas vestido con unos pantalones que se caían de viejos, una camisa llena de agujeros y por calzados unas viejas alpargatas. Su postura encorvada revelaba los excesos del trabajo.

El pobre mártir había caminado todo el día y parte de la noche para llegar al pueblo, á costa de muchos esfuerzos, porque la debilidad causada por el hambre y la vejez no le permitía caminar más de prisa. Llegó en hora avanzada, cuando ya todas las casas estaban cerradas y no halló más refugio que aquel portal donde se hallaba acurrucado, con el estómago vacío y el cuerpo helado.

Contemplemos al hombre de corazón noble y leal, víctima de la explotación burguesa, y escuchemos sus conmovedoras palabras pronunciadas entre sollozos:

«¡Qué final tan triste le toca al desheredado! Toda mi vida he sido esclavo de la economía burguesa, siempre trabajando, y ahora que me faltan las fuerzas me veo abandonado, sin pan, sin casa, mendigando de puerta en puerta y despreciado de todo el mundo!»

«Siempre llevo grabadas en mi mente aquellas palabras que salieron de los labios de mi amo cuando me despidió: «veinte años, me dijo, habéis trabajado por mi cuenta y os habéis portado como un hombre; nunca he tenido que reprocharos; pero ahora, ya podéis comprender, en vista de las malas cosechas, y del comercio que está paralizado, y las mercancías no tienen salida por causa de la crisis, muy á pasar mío me veo obligado á despedir más de un tercio de mis operarios; vos ya sois viejo y no servís para trabajos tan pesados». Así dijo mi amo, en cuyo servicio había gastado las fuerzas de mi juventud y que se había enriquecido mientras yo nunca gané lo bastante para salir de pobre.»

«Miserables! Asesinos! Estos son los llamados buena gente. Brillan en el mundo; tienen comodidades y placeres, y á nosotros nos dejan vivir mientras somos útiles para producir lo que ellos necesitan para saciar sus ambiciones, pero cuando somos viejos y el trabajo nos ha gastado todas las fuerzas, nos dejan morir de hambre. ¿Cuántos somos los que no tenemos pan que llevar á la boca, mientras los almacenes rebozan de comestibles! ¿Cómo pueden creer que les pertenece lo que tienen guardado, mientras hay quienes no tienen satisfechas las necesidades más imperiosas?»

Y el anciano lloraba sin cesar, viendo perdidas sus fuerzas, aislado, sin más compañía que el viento y los relámpagos. Sus palabras no encontraban eco en ninguna parte; solo el viento las envolvía, lanzándolas en el espacio infinito.

De repente apareció un hombre vestido de uniforme y con aspecto feroz, y encarándose con el anciano le dijo ásperamente:

— ¿Qué intentas hacer aquí, miserable? — Espero que pase la lluvia para llegar al hospital. — Ya te daré yo buena hospitalidad! Por las expresiones que he oído veo que eres un revolucionario y mi deber es llevarte a la cárcel.

— Muchos años he luchado con la esperanza en mejorar nuestra existencia y poco se ha conseguido; pero quisiera ser joven para luchar de nuevo y con mayores bríos.

Aun no había terminado cuando el agente de la autoridad cogióle por el brazo y le llevó casi arrastrando hasta la cárcel, donde le encerró, retirándose luego muy satisfecho, como quien ha cumplido su obligación.

Al día siguiente los carceleros hallaron solo el cadáver del infeliz anciano, que había muerto de hambre y de frío. Enterado el pueblo se hacían mil comentarios: unos le compadecían, mientras otros, principalmente los aristócratas, todavía le echaban maldiciones. Los sacerdotes aseguraban que aquel hombre pertenecía a la banda de criminales llamados anarquistas, indignos de compasión, porque son herejes que tienen el alma condenada.

¡Un hombre muerto de hambre! Despierta, pueblo, despierta y rompe las cadenas que te sujetan; derriba de una vez la tiranía y el privilegio que componen esta sociedad cruel y odiosa!

R. S.
Mahón, Noviembre 1902.

Notable conferencia

El Presidente de la República de los Estados Unidos, Mr. Roosevelt ha asistido a una Ténida de la Gran Logia de los Francmasones de la Pennsylvania, con motivo de celebrarse el 150º aniversario de la iniciación de Jorge Washington; se ha asociado personalmente al ceremonial, ha tomado parte en el banquete y entre unos 700 hermanos ha pronunciado una de sus mejores alocuciones; de que traducimos en sustancia los más interesantes párrafos:

«Yo voy a hablar aquí, dijo Roosevelt, en toda conciencia, porque, desde luego, me es imposible hablar de otra manera, y además tengo la seguridad de ser comprendido.

«Una de las cosas que me han atraído a la Francmasonería y que me hace considerar como una gran dicha el encontrarme entre vosotros, es que vuestra constitución ofrece una segura garantía de que cada adepto será tratado según sus méritos.

«Cuando el hermano Jorge Washington entró en una logia de la Fraternidad, entraba al mismo tiempo en el solo lugar de los Estados Unidos donde la idea de nuestro gobierno ideal está realizada, en cuanto es posible realizar una idea sublime.

«Cada uno de nosotros tiene el deber de preocuparse de los problemas que se suscitan en los comienzos del siglo XX, cada uno de nosotros ha de poner empeño en constituir un sér útil para su país.

«Debemos considerar como la más indispensable condición de éxito de nuestras instituciones el advenimiento de una fraternidad real. La masonería puede y debe hacer de cada individuo que desee cumplir conscientemente y con inteligencia sus obligaciones el tipo más perfecto del ciudadano americano, enseñándole sus deberes cívicos de una manera efectiva. La práctica de la verdadera fraternidad es el mejor medio de que una nación dispone para resolver las cuestiones sociales e industriales del día.

«En efecto, si se pudiese llevar a los empleados y los empleadores de cualquier industria a entenderse por mediación de una logia, de que formasen parte, yo garantizaría los buenos resultados! (Si, si, tumultuosos aplausos.)

«La Francmasonería desarrolla en los hombres el respeto de sí mismos y la confianza en su voluntad, cualidades que hacen del hombre un sér con existencia propia, al mismo tiempo debe inculcar siempre un respeto inalterable a los derechos y las opiniones de los demás.

«Es preciso que cada uno de nosotros, en la medida de sus relaciones y de sus fuerzas, esparza por el mundo las enseñanzas de las logias de la Fraternidad, y que nos inspiremos siempre en los ejemplos de Jorge Washington en la que concierne a la resolución de los problemas de actualidad.»

Grandes salvas de aplausos coronaron las palabras del Presidente.

Inspirada en estas ideas y sentimientos, no podría decirse que la Masonería hubiese terminado su misión, como se ha dicho tantas veces de la española, entregada a la inacción más lamentable, cuando no entretenida en los vanos juegos de la política.

La misión de la Masonería no estará terminada mientras no reine la verdadera fraternidad entre los hombres.

Bajo este aspecto, las cuestiones sociales, no solo pueden ser tratadas en las logias, sino que deben ocupar preferentemente la atención de los masones.

En ninguna parte mejor que en los talleres masonícos pueden hallarse reunidos los hombres de diferentes matices; pero de tendencias armónicas hacia la «Igualdad, Libertad y Fraternidad», lema que todas las logias tienen escrito en grandes caracteres.

Las instituciones que son por su naturaleza progresivas, no pueden detenerse a la mitad del camino; ó han de marchar de conformidad con las ideas que son consecuencia lógica de sus principios, ó han de resignarse a desaparecer.

¿Será todavía tiempo de que despierte y vuelva a ser útil para el progreso humano la Masonería Española?

Victor Hugo, gr. 3.

DE BARCELONA (1)

Esta vez les ha tocado a los estudiantes.

Porque los catalanistas cantaban *Los segadors* y los liberales *La Marsellesa* (mientras otros, echándolo a broma, cantaban *Los dos lunares* y el *Ja te l'encendré*), intervino la policía brutalmente, metiéndose por los claustros de la Universidad y subiéndolo a las clases, apaleando a los muchachos y a los profesores que hallaban al paso.

El decano de la Facultad de Farmacia ha resultado confuso de alguna gravedad y además le insultaron aquellos barbarotes, diciéndole que todos los catedráticos y el Rector mismo debían estar en la cárcel.

Sin embargo, las cosas no pasaron a mayores, ni se hizo uso del matser, porque este se reserva para los trabajadores que piden pan.

Ha reaparecido «El Productor», pero no con el carácter de antes. Ahora será órgano personal de Leopoldo Bonafulla, distanciado de muchos elementos libertarios barceloneses, que le acusan de haber usado procedimientos políticos y de haber pactado con el exministro Canalejas. Corren de mano en mano copias de cartas que escribió el mismo Bonafulla a amigos de varios pueblos cuando la excursión de Canalejas por Cataluña.

No es posible tolerar que los prestigios alcanzados en las luchas obreras se pongan al servicio de los farsantes de la política, aunque se llamen liberales y demócratas. Pero tampoco debe obrarse de ligero cuando se trata de condenar a un hombre.

Dentro de poco, probablemente, sabremos todos a qué atenernos.

El domingo por la noche celebróse en el Anfiteatro de la Facultad de Medicina la inauguración de los cursos de Extensión Universitaria por iniciativa de la Asociación Escolar.

El señor Rodríguez Mendez pronunció un discurso de tonos brillantes y conceptos acertados.

Concurrieron muchos estudiantes y bastantes obreros.

Si los jóvenes de la Asociación Escolar conservan el entusiasmo y saben acercarse a los obreros con miras desinteresadas, podrán hacer muy buena obra, pues no han de faltarles conferenciantes de prestigio y de positivos conocimientos.

Es de esperar que así sea.

El domingo próximo se celebrará en Valencia un gran mitin obrero al que asistirán representaciones de gran número de sociedades de oficio de Barcelona.

Se protestará contra la indefinida suspensión de garantías, que pesa únicamente sobre los obreros,

(1) Escrita esta correspondencia para el número anterior, no se publicó a causa de haber llegado el vapor correo con bastante retraso.

a los cuales se niega el derecho de reunión que a todos los demás, hasta a los catalanistas enemigos de España, se concede.

Si puedo iré a Valencia para asistir al mitin y para conocer a los obreros militantes de aquella región.

Con motivo de la disposición del Ministro de Instrucción Pública, que tanto ruido ha armado en el Congreso, *La Publicidad*, trae esta noche una hermosa nota del día. Apeles Mestres ha dibujado a un muchacho que apacienta ovejas en la montaña y cuyas palabras puestas al pié dicen traducidas: *toma, si nos enseñan la doctrina en castellano cómo entenderemos aquello de KIRIE ELEISON y CRISTE ELEISON?*

Vale esto por todos los discursos y por todos los comentarios de la prensa.

Barcelona, 2 Diciembre 1902.

A los trabajadores menorquines

Compañeros: Los obreros catalanes, valencianos, gallegos, asturianos y de otras regiones españolas, se declaran en huelga muy aménudo para reclamar de sus patronos algún mayor bienestar. En cambio vosotros, trabajando más horas en muchos oficios que aquellos y ganando menos jornal, nunca os levantáis para exigir de vuestros amos alguna mejora en vuestra deplorable situación.

Esta diferencia se explica perfectamente teniendo en cuenta que los trabajadores de fuera de esta isla dan la importancia que se merece a la cuestión económica, no haciendo apenas caso de las demás cuestiones que no están relacionadas con aquella; todo lo contrario de vosotros que apenas sabéis que exista tal problema.

Por todas partes los trabajadores conscientes luchan contra la explotación capitalista, no solamente para conseguir pequeñas mejoras, que nada resuelven, pues dejan en pié la injusticia, sino para procurar acabar lo más pronto posible con esta infame y corrompida sociedad, que permite a unos cuantos privilegiados vivir a costa del sudor de los que trabajan.

En Menorca no faltan tampoco obreros conscientes que se preocupan de mejorar la suerte de sus hermanos, pero sus deseos y buena voluntad se estrellan ante la indiferencia del mayor número, atentos a todo menos a defender sus intereses.

Nada más triste que la situación de los trabajadores de esta isla, principalmente de los zapateros, el oficio que más abunda. Al gran número de horas de trabajo hay que agregar un jornal irrisorio, que no basta para cubrir las más perentorias necesidades. De aquí proviene la falta de vitalidad que se observa en los obreros zapateros, anémicos casi todos, que desde jóvenes van perdiendo la salud rápidamente.

No es posible que continúe por más tiempo el actual estado de cosas, trabajadores menorquines; es hora que principemos a trabajar resueltamente a fin de mejorar nuestra crítica situación. El mal que sufren actualmente los zapateros de esta isla no radica únicamente en la falta de pedidos que tienen los maestros, reside en la codicia de muchos de estos que procuran hacerse ricos pronto a costa de la salud y bienestar de sus operarios, y en la falta de unión de los trabajadores.

Mientras que estos no se preocupen de nada más que de divertimientos que consisten en bailes y en beber alcohol, no hay que esperar en cambiar el actual estado de cosas. Para entrar de lleno en el camino de la emancipación debemos procurar los trabajadores dignificarlos, y esto se consigue huyendo del vicio, apartándonos de todo lo que sea perjudicial a la salud y a nuestro bienestar; en una palabra: procurando ser hombres.

Otro.

CORRESPONDENCIA

- PARIS.—P. V.—Recibimos carta y estamos conformes.
- TORELLÓ.—J. V.—Enviamos periódicos y folletos.
- UBEDA.—C. I. T.—Recibidas 3'10 ptas.
- LÍNEA DE LA CONCEPCIÓN.—V. Z.—Enviamos paquete. Escribimos.
- VALES.—C. S.—Hemos enviado 80 «¿Dónde está Dios?»
- GIBRALTAR.—A. R.—Recibidas 6 pesetas. No tenemos los folletos que indicas. Serviremos pedido. ¿Dónde está Dios?
- CIUDADELA.—D. A.—Recibidas 10 pesetas.
- LOS BARRIOS.—J. S. R.—Hemos enviado 50 «¿Dónde está Dios?»
- MANZANARES.—G. M. D.—Recibidas 6 pesetas. Irán folletos.

B. Fabregues, imp. Nueva, 25.—Mahón.